

NUEVA DISCUSION DE MENENDEZ PELAYO

Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra a otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan a vivir en sociedad; y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España.

ANGEL GANIVET, *Idearium español* (1897).

I

En contra de lo prescrito por la costumbre, yo estimo que la sazón más oportuna para evocar a cualquier escritor del pasado, no es precisamente alguna de esas fechas prefijadas por el almanaque en forma de aniversarios o centenarios. Cualquier recordación, revisión u homenaje suele entonces teñirse de cierto sentimentalismo laudatorio o cierta actitud adversa, uno y otra contagiosos, que nivelan, a la postre, todos los juicios, restándoles así espontaneidad crítica. En cambio, transcurrido algún tiempo tras la fecha conmemorativa, ya no hay ninguna razón para sentirse cohibido por temor a producir disonancias en el coro y los pareceres verdaderamente personales pueden abrirse paso con toda libertad. Además, unos meses después de la data ritual, cabe también combinar el juicio crítico personal con el balance o discusión de las opiniones vertidas por los demás. Tal es mi propósito al traer hoy nuevamente a primer plano la figura extraordinaria de Menéndez Pelayo, tras el centenario de su nacimiento, cumplido el 3 de noviembre de 1956.

La cosecha no ha sido escasa. Artículos y conferencias a granel, compilaciones, antologías, inclusive algún libro crítico han surgido últimamente en torno a Menéndez Pelayo. Pero esta abundancia, ¿guarda acaso paridad con el valor efectivo

de tales homenajes, supone acaso alguna aportación decisiva, la llegada de un texto nuevo y verdaderamente iluminador? Podríamos sospechar que a estas alturas, y dado el auge extraordinario que en España, por razones casi siempre extra-intelectuales, ha alcanzado su figura durante los últimos años, se hubieran abierto allí nuevas perspectivas. Y, sin embargo, la realidad es que se ha seguido dando vueltas a la misma rueda de la noria, cuyos cangilones solamente derraman inicios apologético o, cuando no, gotas y aun raudales turbiamente tendenciosos. Tampoco desde el otro lado ha salido ninguna exégesis más ecuánime. Como tantas otras figuras y cosas de España, Menéndez Pelayo parece destinado a ser un sujeto polémico más que un tema de estudio. Pero reconozcamos lealmente que esa es la misma característica de su espíritu: bajo un exterior aparentemente frío, como corresponde a un erudito, su estructura interna es la de un polemista. La objetividad, por lo tanto, parece quedar reservada, recíprocamente, para el estudio de su vida y de su pasión bibliofílica, que son una y la misma cosa. Así, en un ensayo que hace años publiqué sobre el caudaloso polígrafo, señalaba esta distinción: en primer término, el titán de los libros; después, el banderizo ideológico.

Lo que predomina en la mayoría de esos homenajes aludidos, en los que se limitan a serlo de circunstancias, es el tono apologético sin atenuantes, sin la debida mezcla de sombras y luces. Tanto se ha extremado en ciertos medios esta actitud, pretendiendo hacer del autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* el único y supremo definidor del espíritu español, convirtiendo su interpretación del pasado en la única posible y "ortodoxa" para el presente y el futuro, que un hombre, a la postre tan ecuánime como Gregorio Marañón (cuyo liberalismo de vuelta ojalá nunca hubiera sufrido extravíos...), se vió precisado a dar un grito de alarma, protestando contra esta mitificación desmesurada. Saliendo al paso de los actuales intentos de "heterodóxica idolatría", Marañón concluía: "La personalidad de Menéndez Pelayo está por

encima de todo lo circunstancial. Y nada se parece tanto a una circunstancia como un ídolo". (*La Nación*, Buenos Aires, 14 de octubre 1956).

Los apologistas incondicionales o sectarios no benefician su obra; antes bien, quienes pretenden convertirla en una especie de panacea o bien de bandera partidista, a la zaga de consignas especiosas, desnaturalizan turbiamente sus mejores valores. No es, pues, aventurado sospechar que si Menéndez Pelayo resucitara, habría de revolverse airadamente contra esos escolistas sectarios, del mismo modo que en vida hubo de alzarse contra los "neos", "integristas", "tomistas" y otras gentes del mismo linaje. El "reaccionario" de antaño haría figura de "liberal" contra estos "ultrarreaccionarios" de ho-gaño, movido desde el fondo de su espíritu por un sentimiento superior de equidad, de amplitud histórica, en abierta pugna contra ciertas interpretaciones unilaterales. "¿Intolerante? Sí —podría decir Menéndez Pelayo si levantara la cabeza, inter-terpelando a algunos de sus últimos panegiristas—; sí, pero en primer término contra vuestra imposible y anacrónica in-tolerancia".

II

Viniendo a los hechos, esbozemos ahora un somero recuen-to de los escritos múltiples aparecidos en los últimos años y más concretamente con motivo del centenario menéndezpela-yesco. En el sector biográfico, ninguna novedad considerable. La mejor biografía sigue siendo la primera, la que publicó Bonilla San Martín, su discípulo, en 1915, a raíz de la muerte del maestro (figura a la cabeza del volumen 21 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles). Otra posterior, hoy más leída por más asequible, la de Miguel Artigas, no agrega na-da esencial y apunta ya cierto parcialismo y beatería (me re-fiero no a la primera edición de 1927, que ahora no tengo a la vista, sino a la segunda, probablemente "agravada", hecha

en Zaragoza, en el "tercer año triunfal", 1939), si bien acierte a mantenerse en los límites de la discreción. El *Menéndez Pelayo* de Pedro Laín Entralgo, aunque su ángulo de mira sea biográfico, se presenta más bien, según reza el subtítulo, como una "Historia de sus problemas intelectuales", concebida con ecuanimidad y llena de atisbos agudos, más allá de su énfasis digresivo. De suerte que en lo que se refiere al hombre, la semblanza del natural que trazó *Clarín* en el primero de sus *Folleto literarios*, junto con un retrato semejante de Ricardo Rojas en *Retablo español* y algunos apuntes de Rubén Darío, siguen contando entre lo más válido.

En materia de epistolarios, se reproduce lo que ya pudimos observar hace años leyendo la copiosa y sabrosa correspondencia con Juan Valera: las cartas más explícitas y reveladoras pertenecen a los corresponsales de Menéndez Pelayo, no a él mismo, puesto que éste —al contrario de Unamuno— despachaba el correo amistoso muy rápidamente, deseando acabar, urgido siempre por la tarea cuantiosa de sus propios libros. Por ello, en ciertas compilaciones últimas de la correspondencia cambiada con su hermano Enrique o con los colegas Farinelli, Rodríguez Marín y *Clarín*, apenas hay otra cosa que referencias bibliográficas y poco nos revelan sobre la intimidad de su vida y su pensamiento.

Ya es notorio que el autor de la *Historia de las ideas estéticas* vivió enteramente por y para su obra, descartando como accidentes enojosos cuanta peripecia sentimental pudiera apartarle de ella. Sin embargo, he aquí que al margen de las Lydias y Aglayas de salón —nombres clásicos con los que disfranzó a algunas damas madrileñas cortejadas por él durante su juventud— y de los madrigales que hubo de dedicarles, nuestro erudito estuvo una vez realmente enamorado, y aun a punto de matrimoniar. Pero en su destino innato de *clerc* (precisamente una de las condiciones que para la perfecta existencia de este raro adquetipo postularía luego Julien Benda es la resistencia al connubio) estaba escrito el celibato perpetuo. El episodio a que aludimos es muy sencillo y vulgar, pe-

ro de haber caído en otras manos. nos hubiera valido algunas perspectivas nuevas sobre el hombre. Al pasar por la pluma de cierta novelista (Concha Espina, quien ya hace años había profanado sin gracia otra historia íntima, “el grande y secreto amor de Antonio Machado”), se convierte en un cursi folletín, bajo el título, no demasiado original, de *Una historia de amor*.

III

Acerquémonos ahora a otros libros más serios, aislando únicamente dos entre el conjunto de los aparecidos últimamente sobre nuestro autor. El primero de ellos se titula *Estudios sobre Menéndez Pelayo* (Editora Nacional, Madrid, 1956); el segundo, *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino)*, por Dámaso Alonso (Editorial Gredos, Madrid, 1956). Los antedichos *Estudios* no tienen un solo autor, sino veintidós: se trata de una recopilación de trabajos extremadamente diversos, tanto por su valor, extensión y carácter como por el significado de los autores. En verdad, su recopilador. F. Pérez Embid, ha intentado dar al conjunto cierto tinte de ecuanimidad, mezclando los apologistas incondicionales con algún otro en quien se insinúan las reservas —como *Azorín*—, y abriendo la mano para incluir, junto a la mayoría conformista, un par de firmas pertenecientes al sector opuesto. Aclararé acto seguido, para no hacer mayor misterio del rasgo, que estas últimas son las de Luis Araquistain y la mía. Cierto es que en el primer caso, las páginas reproducidas pertenecen a una conferencia dada hace años por el entonces embajador de la República Española en Berlín y constituyen esencialmente un alegato contra la “leyenda negra” de España hecho ante un público extranjero, y una vindicación hispanista a propósito de Menéndez Pelayo y la cultura alemana. En el segundo, en lo que concierne a mis páginas, se trata de una reproducción fragmentaria del pequeño libro antes aludido y publicado hace años (1943) sobre el tema siem-

pre vivo de *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. El recopilador, con toda cautela, ha recogido únicamente la primera parte de dicho estudio, titulada “El titán”, que es una exaltación del hombre de libros, dejando fuera la segunda, llamada “El banderizo”, donde se analiza y discute con todo respeto su parcialismo ideológico.

Pero ¿existió verdaderamente tal parcialismo —puesto que algunos quisieran no verlo y otros insisten en negarlo—, experimentó altibajos, hubo rectificaciones decisivas en el pensamiento de Menéndez Pelayo sobre ciertos problemas capitales, desde las páginas veintiañeras, exaltadas, de *La ciencia española* hasta las más maduras y equilibradas de las *Ideas estéticas*? He ahí las posibles cuestiones que un libro titulado *Las palinodias de don Marcelino* estaba obligado a responder. Pero ¡oh decepción! Al recorrer las páginas de tal librito, muy pronto advertimos cuáles son esas palinodias o rectificaciones del preclaro escritor: cosas de poca monta que en nada cambian nuestra visión del ardoroso polemista. Son las naturales evoluciones del gusto, de la sensibilidad, del criterio en un hombre de amplísimas lecturas, pero que procedía de un mundo humanista y sólo había concebido inicialmente la belleza encuadrada en normas rigurosamente clásicas. Por ejemplo, a medida que pasan los años, su clasicismo horaciano se hace menos unilateral; si en un comienzo había infraestimado a Heine y a Bécquer, luego los alaba; adverso un día a la poesía popular de origen tradicional, más tarde llega a su comprensión, por la vía de Lope de Vega. Por lo demás, éstas y algunas otras rectificaciones, como su mudanza de apreciación respecto a la cultura alemana, habían sido ya señaladas antes por Araquistain en la conferencia berlinesa de 1933. En cambio, Menéndez Pelayo se mantuvo irreductible frente a cualquier expresión del barroquismo literario, sin tachar una tilde a su condenación del culteranismo y de Góngora; actitud, por lo demás, nada personal, muy propia del tiempo y del medio cultural en que vivió, y a la cual sería ingenuo, por lo tanto, adjudicar una importancia desmesurada, pe-

ro que a Dámaso Alonso le duele como una ofensa personal, presumiendo ingenuamente que —si Dios hubiera alargado unos años más la existencia de don Marcelino— él y sus amigos hubieran logrado disuadirle de tal error... “Si Napoleón hubiera vencido en Waterloo...” El juego de los *si* en historia, como agrupando una larga serie de tales supuestos, ha escrito Claudio Sánchez Albornoz —en su monumental *España, un enigma histórico*—, se presta a las más divertidas conjeturas; sólo tiene el inconveniente de que es rigurosamente antihistórico, pues los fallos de Clío son irreversibles.

Ahora bien, no obstante la sutileza que campea en todos sus análisis y desmenuzamientos literarios, Dámaso Alonso no para mientes en otra posible “palinodia” de un bulto incomparablemente mayor y harto más necesitaba de una profunda y leal exégesis: la de las “rectificaciones” ideológicas sobre puntos capitales y no sobre minucias, cuya hipotética busca puede todavía intentarse a largo de los millares de páginas menéndezpelayescas. He ahí un tema capital, insisto, no advertido o cautelosamente soslayado por el agudo crítico y que algunos otros autores de la antología de *Estudios* antes mencionada afrontan unilateralmente —como era de esperar, dado su punto de mira geográfico y espiritual—, lo que equivale a dejarlo irresoluto. Porque la cuestión insoslayable, central, decisiva, cuando se pretende situar en un plano verídico y rigurosamente actual a Menéndez Pelayo, es ésta y no otra: ¿puede o no tomársele como bandera reaccionaria? ¿Tuvo o no el autor de *La ciencia española* una visión unilateral, cerrada, de España? ¿Es o no el turiferario dogmático de una tradición que él estimaba única, exclusiva y excluyente? ¿Cabe, acaso, concertar una doctrina de signo opuesto, abierta, o por lo menos más tolerante, a base de algunas páginas, párrafos, alusiones, que constituya una repudiación, clara, no sólo literaria, sino ideológica, del espíritu de intransigencia? ¿Puede, en último caso, situarse su obra en un terreno no neutral, desde luego, pero sí superior a las pugnas inmediatas de su tiempo y del nuestro?

IV

Tales son algunos de los interrogantes que yo hube de plantearme hace años y a los que intenté dar respuesta en el estudio mencionado. Poco después de aparecido, Alfonso Reyes publicó un artículo (1944) (reproducido últimamente en la *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington número 4, 1956), titulado muy significativamente —como prolongando mis últimas intenciones y uniendo las suyas todavía más generosas— “Reconciliación de Menéndez Pelayo”. Escribía Alfonso Reyes textualmente: “El honesto Guillermo de Torre ha emprendido un examen sincero de la cuestión, situando a don Marcelino entre las dos Españas y esperando a ver hacia dónde gira por sí solo. La descripción de las dos Españas es honrada y magnífica. La apreciación sobre el rumbo de don Marcelino se resiente por un flaqueo de la fe. Le falta coraje. El crítico parece haber dicho: “¡No caerá esa breva ¡No será tanta nuestra suerte”. Ahora bien, ¿cómo había yo de atreverme a tal cosa, a esta “apropiación”, a incorporar a Menéndez Pelayo a nuestra causa —la tradición liberal—, si los propios textos del maestro no me autorizaban? Sin embargo, Alfonso Reyes, anudando una serie de agudas —más que convincentes, la verdad— hipótesis, insinuaba que con los mismos elementos aducidos por mí podía “llegarse a una conclusión diferente”.

Desde luego, yo no ignoraba, entre otras, ciertas rectificaciones de lenguaje y de tono existente entre la primera y la última edición de la *Historia de los heterodoxos españoles* (como asimismo en las ediciones sucesivas de *La ciencia española*, visibles ya en el simple título, puesto que la inicial de 1876 tenía como primer nombre *Polémicas*), pero no advertía por ningún lado las rectificaciones sustanciales de concepto. Objetiva, científicamente, ¿habría sido, pues, correcta —insisto— esta “apropiación” de Menéndez Pelayo? Se dirá que tampoco lo es enteramente la anexión absoluta hecha por

“los de la acera de enfrente”, ya a fines del pasado siglo, y extremada hasta el límite en los últimos tiempos. Sin duda; pero ellos, al menos, tienen mayor cantidad de textos indubitables en que apoyarse. La prueba definitiva (ofrecida sin ningún regocijo, antes al contrario, con sentimiento, pero con rigurosa objetividad) es la siguiente. Desde hace años circula una *Historia de España* compuesta de páginas extraídas de las obras de Menéndez Pelayo, y amañada —más que compuesta— por Jorge Vigón. Con toda evidencia, la selección es supremamente tendenciosa y la imagen de España que en esas páginas se nos brinda resulta mutilada, unilateral. Ahora bien, partiendo de un criterio radicalmente opuesto, ¿sería acaso posible compilar otra *Historia de España* de la misma extensión, a base de explícitos textos menéndezpelayescos? ¿Podría llegarse a agrupar más de dos docenas de páginas, con intención y signo inversos, aparte sus arremetidas contra los ultraderechistas y su condenación de cierto sectarismo en lo literario? Ofrezco la sugestión a cualquiera de los nuestros que tenga ánimo y valor para tan improbable empresa... Prueba tan concluyente acabaría de una vez con muy candorosas ilusiones. No es Alfonso Reyes el primero que las ha mantenido, cuando escribe que “Don Marcelino, en su operación viva sobre la historia y la crítica, fue siempre liberal”. Algunos años antes, Fidelino de Figueiredo, en una obra capital, *As duas Espanhas*, se aventuraba también a sostener —sin pruebas, claro está— que “una exégesis serena puede extraer de la obra menéndezpelayesca fragmentos que conciertan con el evangelio de la europeización”. Ciertamente es que antes nos había explicado lo que por tal cosa entiende al escribir: “De Menéndez Pelayo dejé a un lado el gusto pasadista y guardé la gran obra de la historia literaria; de Giner olvidé la obra escrita, pero se guardó en el mejor rincón de los corazones su enseñanza personal; y de Joaquín Costa conservé la vibración ardiente de su apostolado de la revolución política y social. Y todo esto —crítica pura de Menéndez Pelayo,

lección de la vida de Giner, gritos estentóreos de Costa— constituyó la *europización*”.

Ojalá, sobre todo en lo que concierne a Menéndez Pelayo, pudiéramos considerar exacta la afirmación de Figueiredo, y de su obra sólo se retuviera el más puro y desinteresado mensaje, aquel que modula como creador de nuestra historia literaria, sin ninguna clase de interferencias tendenciosas. Ojalá cupiera restablecer la tolerancia de su tiempo (al menos, así se nos representa, confrontada con las actuales intolerancias...), tiempo en que se producían ayuntamientos tan ejemplares como el de los liberales-conservadores y los conservadores-liberales; tiempo de diálogo y concordia en que era habitual interpelar al contrario llamándole “mi particular amigo y distinguido adversario”, con costumbres y maneras tan distintas del energumenismo intransigente, flor de la actual civilidad... Aquellos eran los días en que el gran polígrafo (es J. B. Trend, en *The origins of Modern Spain*, quien recuerda este hecho tan escrupulosamente omitido en todas las biografías) no desdeñó colaborar con sus antagonistas de otro tiempo, como Giner, Cossío y Azcárate, al constituirse en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios, mirada entonces justamente como una “Paz de Westfalia” de la cultura española.

V

¡Empeños baldíos, aunque nobles y generosos, los de intentar cualquier aproximación de Menéndez Pelayo, a la tradición liberal, o por lo menos, los de restar sumandos a su hiriente unilateralismo! Ya lo pretendió en su día, cuando aún era sazón para cambiar tales directivas, un espíritu tan equilibrado y con evidente ascenso sobre el “joven Marcelino”, como era don Juan Valera. Pero muy pronto, tras aquel famoso “brindis del Retiro” (1881), donde Menéndez Pelayo, para exaltar a Calderón, no vaciló en hacer un elogio de la Inquisición, hubo de desistir el tolerante humanista. “Confie-

sa mi candidez —le escribía poco después—; hasta que usted dió la pitada, yo he creído posible, no la conversión rápida, sino una lenta y suave conversión de usted. Ya la creo imposible. Usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y ya no hay medio de remediarlo”. Con todo, al año siguiente, en otra carta, todavía insiste Valera en acercársele, aprovechando cierto desengaño o ciertas acometidas que Menéndez Pelayo había sufrido de sus correligionarios. “Hablando con franqueza, desapruebo esa determinación que me dice usted haber tomado de refugiarse en la estética, enojado de la ingratitude y estupideces de los carlistas. Yo creo que debe usted prescindir de lo que ellos hagan y digan, y hablar con sinceridad y valentía de religión, de filosofía, de política y de cuanto se le antoje, según su leal saber y entender y sin propósito de agradar a nadie. Ya usted verá cómo así agrada más aún y halla quien le siga en vez de ser usted quien tenga que seguir a otros”.

Se dirá que transcurridos tres cuartos de siglo desde aquel y otros episodios semejantes, extinta la virulencia exterior de tales cuestiones, bien pudiera luego haber cambiado la actitud crítica de las generaciones sucesivas, si éstas hubieran sabido contrarrestar el influjo de los monopolizadores reaccionarios del menéndezpelayismo. Pero... Está todavía por hacer el análisis, *verbi gratia*, de la actitud de los del 98 frente a Menéndez Pelayo. Unamuno, fiel a sí mismo, le enjuició de modo contradictorio. “Mi maestro Menéndez Pelayo —dijo en un interviú—, el español contemporáneo de quien he aprendido más...”. Y en otra ocasión, bajo su firma: “...qué daño ha hecho la grandilocuente superficialidad de Menéndez Pelayo, mozo, el de los alegatos catalogícos —de catálogo— de *La ciencia española*, el sectario de *Los heterodoxos españoles*, el forjador de la leyenda blanca!”. Son fácilmente desdeñables las desdeñosas acometidas, muy barojianas, de Pío Baroja en una página de *Juventud, egolatría*. Todavía años después volvió a la carga en un artículo (*Ahora*, Madrid, 6 de enero de 1935). Por su parte, *Azorín*, si en un capítulo de *Clá-*

sicos y modernos, escrito a raíz de morir el gran polígrafo, afirmaba que su crítica fue meramente erudita, enumerativa, y no interna, interpretativa, psicológica —juicio de palmaria inexactitud—, posteriormente ha publicado páginas menos ásperas, sin dejar de reclamar la controversia libre sobre su obra. Ramiro de Maeztu tuvo que cambiar radicalmente de ideas para rectificar un primer juicio de juventud sobre Menéndez Pelayo —“triste coleccionador de naderías muertas”, le había llamado— y entonar loas a su sentido de la “tradicción española” como “tradicción de universalidad”. Pero ni estos panegíricos ni aquella diatriba revelaban el menor espíritu de objetividad. En toda la obra de Ortega y Gasset apenas puede espigarse más que alguna alusión circunstancial, desde luego poco simpática o afín, a la obra de Menéndez Pelayo.

Finalmente, fijemos la atención en alguna figura representativa entre el grupo de estudiosos continuadores del espíritu adverso al menéndez-pelayesco, el institucionista, y hagamos memoria de un juicio de Américo Castro (en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, julio-septiembre de 1937, Buenos Aires). Alterna equitativamente alabanzas y censuras. Considera *Los heterodoxos* como una “pérdida de tiempo”, pues “lo negativo y lo que aparece como fleco de la historia” no puede “ser eje para ninguna construcción”. Alaba, en cambio, no su sentido histórico, pero sí su sentido artístico, ya que don Marcelino “toma una personalidad literaria, la limpia de olvido y de inútil broza y la hace surgir ante los ojos modernos, destellando valores y simpatías”. Deplora por ello “que vulgaridad y aldeanismo determinaran igualmente que Menéndez Pelayo se convirtiera en airón y penacho del pasado político de España y de sus gustos inquisitoriales”; y como clara muestra de un afón de integración, asocia su nombre al de Giner de los Ríos, “los dos únicos hombres que en torno a 1890 aluden en español a temas universales del espíritu”, doliéndose de su fatal distanciamiento en estos términos: “Cuánto hubieran ganado ambos hombres, consagrados

a las más altas y más desinteresadas tareas y a soñar en un mejor destino para su raza; cuánto habrían ganado ellos y nosotros, completándose y enriqueciéndose en un humano y abierto comercio. El pensarlo es, sin embargo, una quimera”.

Lo más sensible es pensar que también sigue siendo hoy una quimera el “humano y abierto comercio” entre los sucesores de Giner y los de Menéndez Pelayo; en suma, el claro entendimiento entre los representantes de las dos Españas. Y ello no tanto por culpa de los primeros (a la vista queda un extracto del testimonio de Américo Castro, parejo a otros que podríamos exhibir, allegados después, entre ellos el nuestro) como por fatal e irrenunciable inclinación de los segundos. Para evidenciarlo basta recorrer ciertas páginas del mencionado volumen de *Estudios sobre Menéndez Pelayo*. ¡Con qué complacencia ciertos autores (los menos, desde luego, pero también los que por su significación o sus cargos parecen llevar todavía la “voz cantante” del “pensamiento oficial”) se detienen en citar, glosar y aumentar las páginas más apasionadas y tendenciosas del autor de *La ciencia española!* ¡Cómo se solazan algunos (hagámosles la gracia de no citar sus nombres) en subrayar el “antiliberalismo” y la “intolerancia” de Menéndez Pelayo! “Toda la obra de don Marceñino —escribe uno de ellos— es fundamentalmente un titánico esfuerzo levantado contra el liberalismo español”. Por su parte, otro repite con deleite cierta frase de Menéndez Pelayo: “Ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia”; y añade por su cuenta: “Fieles a la voz del maestro debiéramos hacer lema nuestro para la España de hoy, con la seguridad de que en ella está la única esperanza de salud y la única actitud inteligente, la palabra que la seudointeligencia hizo un tiempo considerar como un estigma y como una afrenta: intolerancia”.

VI

Frente a semejantes alardes de energumenismo suenan como una dulce música, o sencillamente como palabras civilizadas, las de Pedro Laín Entralgo, quien situado en una posición difícil por inteligente, intenta desde la derecha conciliaciones no menos arduas que las ensayadas desde la izquierda. Esto le lleva a afirmar que Menéndez Pelayo no puede encasillarse en un bando ni en otro. “Su intención permanente —escribe—, desde su aparición dentro del horizonte histórico español, fue superar católica, creadora y científicamente, dentro de una caliente fidelidad a Cristo y a la historia de España, la cruenta e inútil antinomia de España en el siglo XIX”. ¿De veras? ¿Lo consiguió? En el supuesto afirmativo, páginas como éstas que ahora redactamos serían impensables, no tendrían razón de ser.

Cosa muy distinta de la afirmación desdichadamente tan gratuita como bienintencionada de Pedro Laín Entralgo sería hacer un recuento y comentario de aquellos pasos de la obra menéndezpelayesca donde se combaten los extremos máximos de ambos conceptos de España; no estos mismos, sino sus hipóboles más inadmisibles. Por ejemplo, para demostrar que no sólo atacó al krausismo, se recuerdan también sus censuras al tomismo e integrismo y se aducen párrafos como éste (*Estudios de crítica histórica y literaria, VII*): “La historia de España que nuestro pueblo aprende, o es una diatriba sacrílega contra la fe y la grandeza de nuestros mayores, o un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto, etcétera, sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades”. El claro de luz, la leve esperanza de integración que párrafos como ese, tomados aisladamente, permitirían alimentar, se borra muy pronto, cuando se les confronta con otros de signo inverso, como, por ejemplo, aquellos escritos con motivo del centenario de Balme y donde Menéndez Pelayo se cierra a la “otra España”

y exalta sin atenuantes la suya, “la única España que el mundo conoce...”. Aún más; todavía en aquellas fechas —1910—, dos años antes de su muerte, Menéndez Pelayo reiteraba, a varias décadas de distancia de la pelotera con los krausistas, su excomunión de Sanz del Río, imaginando que si en vez de éste hubiera sido Balmes “el primer viajero filósofo que nos trajo noticias directas de las universidades del Rin”, habría sido muy otra la suerte de la filosofía española. Mas sobre este punto, Juan López Morillas, en su libro *El krausismo español* (Fondo de Cultura Económica, México, 1956), después de Pierre Jobit, ha dicho ya todo lo pertinente.

En rigor, apurando los términos, las famosas y nunca comprobadas rectificaciones, transacciones o atenuaciones del pensamiento menéndezpelayesco, nunca se operaron en ese plano propiamente dicho, sino en el de la estética. Dicho con más exactitud: su criterio, desde un comienzo más amplio sobre puntos de estética y literatura, no tuvo nunca necesidad de cambiar sustancialmente, pues siempre fue abierto. Desde el día que en la carpeta de sus versos juveniles escribí: “En arte soy pagano hasta los huesos —pese al abate Gaume—, pese a quien pese”, hasta aquel otro en que recibí a Galdós en la Real Academia Española, leyendo un discurso generoso, sin contar su perspicaz valoración crítica. Ejemplos semejantes de comprensión frente a manifestaciones estéticas muy diversas pueden espigarse a granel en numerosas páginas de las *Ideas estéticas*. Y llevando al extremo una sospecha generosa, pudiéramos conjeturar lo siguiente: quizá su fobia contra el krausismo (aparte la debilidad filosófica de la escuela y por encima de su tinte “herético” o “aconfesional”, en el que reparaba fundamentalmente Menéndez Pelayo) tuviera, como apuntó hace años Artigas, una raíz esteticista. Imaginemos, pues, que si Sanz del Río y Salmerón, en vez de manejar aquella jergonza abstracta y germanizante, se hubiesen expresado en cláusulas cicerionanas, o en sencillo romance paladino, no es improbable que su más tenaz enemigo habría acabado por rendirse a sus encantos verbales...

Más exacto que hablar de una evolución de su pensamiento, sería limitarse únicamente a señalar un cambio temático. En sus primeros años, dentro de su obra prevalecen, en cierto modo, los temas históricos de carácter polémico (*Ciencia española, Heterodoxos*); después, a partir de las *Ideas estéticas*, predominan los de investigación literaria (*Lope de Vega, Historia de la poesía lírica, Orígenes de la novela*). En suma, cuando trata sentimientos (religiosos), ideas (políticas, en el sentido más lato), se cierra; cuando aborda conceptos (literarios), ideas (estéticas), se abre, libertándose de fobias, superando el espíritu de partido. He ahí, en suma, la clave no de su evolución, pero sí de su transición. Una prueba definitiva es que, malamente aconsejado por Laverde, el mentor de su juventud, haciéndose fácil portavoz del ambiente político de aquellos años finiseculares (guerra latente de ideas o pseudoideas, teocracia y clerofobia conjugadas, intransigencia en todos los sectores, hostilidad y discordia en el aire...), Menéndez Pelayo, por ejemplo, en vez de componer una historia al derecho, de los místicos o ascetas, compuso una historia religiosa del revés: la de *Los heterodoxos españoles*... Aquel vástago tardío de la Contrarreforma, no contento con que sus antepasados hubieran estrangulado un conciliador erasmismo, quiso replantear pleitos añejos con un anaeronismo que luego, aún más inverosímilmente, hemos visto reproducirse, pues el sentido del destiempo parece ser fatal en la historia de España.

Carguemos, pues, todo lo que sea menester a la cuenta del espíritu "aldeano" de su época, al medio "provinciano" que fue su matriz, su cuna y su "vividura", a la cerrazón y mediocridad de sus contemporáneos más afines (los cuales, por otra parte, no le ahorraron disgustos y acrimonias: Pidal le arrebató una vez la presidencia de la Academia, le atacaron los integristas, *El Siglo Futuro* y periódicos de esa laya hablaron de su "deserción" cuando elogió a Galdós, etcétera); pero que un mal entendido espíritu "reivindicador" no lleve a nadie a adular la realidad de los hechos, sus verdaderos per-

files históricos: la auténtica, grandiosa y vulnerable fisonomía (insistiré en esta caracterización) del titán literario y el apasionado banderizo.

VII

La excelencia formal, la belleza puramente literaria, la perfección idiomática de Menéndez Pelayo (por encima de cierta grandilocuencia oratoria), tal vez sean, en definitiva, las prendas más seguras de su pervivencia como escritor, si, como se ha dicho varias veces, la belleza, el estilo son, en última instancia, las únicas garantías de eternidad de una obra, y si los pleitos ideológicos y religiosos que lamentablemente hoy todavía nos afectan, pasan a ser felizmente, como les corresponde, en un futuro inmediato de la historia de España, curiosidades de museo. ¿Podremos entonces —o podrán nuestros descendientes— leer los libros de don Marcelino como leen hoy los franceses los libros del autor de las *Lettres sur l'Inquisition espagnole*? Salvadas todas las distancias y diferencias —a favor de la calidad en nuestro autor, por supuesto—, la evocación de Joseph de Maistre no es arbitraria o extemporánea; se justifica, al menos en mi caso, porque el azar —mejor dicho, E. M. Cioran— ha traído ahora hasta mí una selección reciente de sus prosas, prologada con la peculiar verba y penetración de este originalísimo ensayista. De “profeta del pasado” calificaron al furibundo suizo quienes experimentando la atracción de su prosa advertían la aberración de sus ideas. “Obra rica en enormidades, sistema que no deja de seducirnos y de exasperarnos”, escribe ahora Cioran, subrayando la ambivalencia de Joseph de Maistre, la desmesura y debilidad de su fanatismo. La apología de la Inquisición que, después de todo, sólo abocetó tímidamente o de soslayo Menéndez Pelayo, es encarada de frente por Joseph de Maistre, mediante una concatenación de argumentos rigurosamente sofística. Merece, para nuestro regocijo espantado, ser trans-

crita: "En primer término no hay nada tan justo, tan docto, tan incorruptible como los grandes tribunales españoles, y si a este carácter general se agrega el del sacerdocio católico, quedará uno convencido, antes de toda experiencia, que no puede haber en el universo nada más calmo, más circunspecto, más naturalmente humano que el tribunal de la Inquisición".

¿Dónde quedan junto a este frío delirio razonante las elocuentes y artificiosas invectivas de un Donoso Cortés contra el liberalismo? Hay, desde luego, un "aire de familia", el mismo que enlaza a este último con Bonald, y llega también, en sus últimas ramificaciones, hasta Menéndez Pelayo. Hay el empeño de anteponer a todo lo teológico y la obsesión de aco rrular el mal radical mediante la panacea del gobierno teocrático. En el plano estricto y limitadísimo de la pura especulación gratuita, al margen de toda realidad, esas y otras cuestiones similares pueden replantearse sin el menor riesgo —ni provecho—, pero quedan descartadas cuando se trata de examinar u orientar la realidad viva de los pueblos. De esta suerte, y en aquellos países que han rebasado tan anacrónica problemática, sus intelectuales pueden darse el lujo de exhumar como una curiosidad pintoresca a De Maistre y ponderar fríamente sus aciertos verbales, su vehemencia adjetivadora. Todo peligro de caer bajo el peso de su dogmatismo ideológico ha sido superado.

Hagamos votos porque algún día no lejano, Menéndez Pelayo pueda ser leído en España tan fríamente y a distancia, por lo que concierne a sus tesis, como lo es hoy en Francia Joseph de Maistre.

GUILLERMO DE TORRE